

SUSPENSO ANTE LA MUERTE

• *André Pieyre de Mandiargues: EL MARGEN, México, Joaquín Moritz, 1970, 222 pp. (D. Alfa).*

Simón Pons cumple una gira de representación comercial de pocos días por el norte de España. Estando en Barcelona, recibe una carta en la que llega a leer, antes de desplegarla, una frase que anuncia lo que casi seguramente es la muerte de su esposa y su pequeño hijo. El autor escribe con total omnivigencia (ya que no omnisciencia) todo lo que hace y piensa el personaje. El relato en tercera persona se ajusta con fidelidad cultural mediante, al fluir de la conciencia, registrándolo todo paso a paso, sin ahorrar minucias, a veces con la precisión agrimensora de un Robbe-Grillet, pero completándose con ese registro con impresiones y reflexiones de una sensibilidad alerta y delicada, a la que todo solicita, inhibe o atrae sin intermitencias. Interrumpida la lectura de la carta en súbita decisión, el personaje se sumerge en un trance que convierte ese fluir en un moroso reconocimiento de cuanto le sucede; ha decidido, casi sin pensarlo, mantenerse a un margen de la catástrofe, dentro de esa especie de burbuja con que los pintores flamencos solían encerrar ciertos personajes. Conserva y exacerba sin embargo su avidez ante el mundo, lo absorbe sin pausas ni precipitaciones, se entrega a sus rutinas, deambula, siempre atento y reservado, pendiente de la pequeña novedad, por calles, cafetines, restaurantes, salas de espectáculos, museos y mercados.

Ulises sin razones ya para volver, y sin necesidad tampoco de rehacer, como Joyce, su conciencia con algún neohabla, todo en él, su cultura, sus recuerdos, sus apetencias y sus rechazos, integran natural y exhaustivamente una experiencia condenada, sferrada a la variedad de una circunstancia que absorbe sin que nada denuncie su desesperación. Puede así mantenerse fiel a la cambiante fisonomía de la realidad, sin ocultarse nada, confesándose sus pequeñas cobardías, sus prejuicios y preocupaciones, para complacerse si a mano viene en el goce de alguna verdad entrevista en ciertas situaciones, por debajo de esa costra de inmundicia que parece emanar de la imagen inflada y ubicua del llamado caudillo "por la Gracia de Dios", manera vergonzosa de decir "contra la voluntad de los hombres".

El mundo de esos hombres alienados es tan fortuito como fútil, una charada de la realidad que podría vivirse, y que el viajero, que lo es por cierto un idealista, acepta tal y como adviene, saboreando (o escupiendo) cada uno de sus rasgos. Registra así, desvalido y sensible, los pensamientos e insinuaciones de quienes lo rodean, los imponderables asedios y controles a que lo someten. Su sed evidente de un orden armonioso no puede conseguir sino precarias satisfacciones. Por lo demás, esa sed esencial aparece mortalmente minada por su decisión de excluirse, decisión de la que se enorgullece, pues por ella la "realidad" y su desgracia forman unidad. Dueño de sí y del mundo (aunque fuera de sí y del mundo), reasume aunque sea así su conciencia total, y lo hace con la serena decisión de un Dios a ras de tierra. Ganada su apuesta (excluir por dos días de su vida su frasco individual) carga el tambor de su revólver con todas las balas, ya que no es un jugador. Nada de "ruletas rusas". Es todo lo contrario de un aventurero. Su último pensamiento, exorcizado su egoísmo, será entonces para el pueblo español esclavizado. ¿Revivirá? ¿Retornará con orgullo su libertad y su vida? "Sí", se responde con profunda fe. Su último sentimiento es así de alegría, pues cree; cree que "la verde vida hará retroceder el curso mierdoso de la muerte". Bien vemos que si él mismo muere, no importa mucho; su destino particular, ligado al de su mujer y al de su hijo, ya no puede ser cambiado. No protesta. Plena entonces en los otros. El dolor individual existe, pero lo importante es que los hombres lleguen a ser al fin aquello para lo cual han nacido.

Mandiargues, Premio Goncourt 1967, exhibe en esta novela su notable madurez de narrador, su destreza para volcarse en lo que escribe y hacer de su estilo una réplica sugestiva del mundo tan fuertemente personal que va descubriendo ante nosotros pieza a pieza hasta componer un todo inconfundible.

WASHINGTON LOCCHART